

Sarmiento evolucionista

Cecilia Corona Martínez

La década del 80, cargada de significados en la historia política, social y cultural argentina, vio nacer una nueva generación de hombres públicos, jóvenes nacidos muchas veces en el exilio de sus padres, y por lo tanto muy alejados en tiempo y en principios de aquellos que constituyeron la generación del 37, muchos de los cuales, sin embargo, tuvieron actuaciones de relevancia todavía en ese periodo.

Sin detenernos a enumerar la multiplicidad de cuestiones históricas, políticas y literarias que diferencian ambos momentos de la historia cultural argentina; rescatamos como significativo para nuestro trabajo, el notable prestigio que el cientificismo – impulsado especialmente por el positivismo imperante- adquirió en esos momentos. De tal modo, la ciencia se convirtió en una suerte de discurso hegemónico, garante de la verdad, en reemplazo de las creencias religiosas en un aspecto, y como epítome de modernidad tanto para la élite como para el grueso de la población.

Homologamos cientificismo a lo que Oscar Terán denomina “cultura científica”: “aquel conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones” (2000: 9). El hecho de detenernos en la década del 80 no implica desconocer la presencia previa de un fuerte discurso de las ciencias en el imaginario colectivo y en las acciones impulsadas desde el estado mismo.

Sin embargo, su impronta genera una gran cantidad de políticas estatales precisamente en el periodo que nos ocupa, en los más diversos campos, entre los cuales sobresalen las diversas acciones tendientes a obrar sobre la educación de la población y también en la administración y organización de la salud pública. Por tal motivo, la profesión y los conocimientos del médico se convirtieron en el paradigma de los avances de las ciencias, y muchos de los hombres de estado de la época adoptaron esa profesión (Wilde, Ramos Mejía, Holmberg, entre otros).

Una figura ya preexistente de hombre de ciencia es la de “naturalista”, que aparece en el S. XVIII y cuya impronta se mantiene hasta el momento; puesto que naturalistas fueron desde Félix de Azara hasta Francisco P. Moreno o Florentino Ameghino, pasando por Francisco P. Muñiz. El mismo Eduardo L. Holmberg, a pesar de haber estudiado Medicina, se entregó casi por entero a dicha actividad.

Como planteamos al inicio de esta exposición, muchos de los hombres del 37 continuaron su actuación pública hasta esta década. Ente ellos, sobresalen Juan María Gutiérrez, de destacada actuación académica; también Vicente Fidel López, historiador y docente. Por su parte, Domingo F. Sarmiento ocupó diversos cargos públicos, luego de cesar su mandato como presidente, aunque fue visto como una suerte de personaje anacrónico por las nuevas generaciones de políticos.

Antes y durante su presidencia, el sanjuanino fue un animoso propulsor de la ciencia en la Argentina. Son suficientemente conocidas sus iniciativas al respecto¹. También fue un ávido lector y conocedor de las últimas teorías científicas en boga. Por tal motivo, nos interesa detenernos en textos correspondientes a la década del 80, ya cercanos a su muerte, donde es posible encontrar elementos que en algunos aspectos lo alejan de las producciones de su juventud y madurez. No fue ajeno, en los últimos años de su vida, al evolucionismo o transformismo – como también se lo llamaba -, tanto a partir de la lectura del propio Darwin y sus propagadores locales, como de Herbert Spencer, quien influyó en intelectuales y políticos argentinos de manera profunda y perdurable.

Nuestro trabajo analiza algunos textos de Sarmiento donde es posible reconocer su lectura personal de las teorías citadas. Seleccionamos entonces la conferencia “Darwin”, pronunciada en ocasión de la muerte del sabio; una “lectura” realizada en reunión con médicos y ciertos elementos presentes en su última e inconclusa obra: *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883).

¹ Como ejemplo, su obra en Córdoba: el Observatorio Astronómico, la realización de la Feria Internacional, entre otras iniciativas.

1. Darwin

Desde una perspectiva muy generalizadora, podemos aseverar que Sarmiento entendía la civilización como la adopción de lo que Europa y EEUU habían obtenido, tanto en materia de organización política y social como en cuestiones relacionadas con los conocimientos sobre el hombre, las cosas, el universo. La permanente prédica por la educación popular tenía como objeto poner a los argentinos al mismo nivel que los países más avanzados. Es decir, su interés por las novedades provenientes del ámbito de la ciencia puede leerse como parte de un proyecto más englobante y todavía mucho más ambicioso².

De tal modo, consideramos que las múltiples acciones tendientes al avance de la ciencia que Sarmiento impulsó en el país durante los años de su presidencia, tuvieron como fin colocar a la Argentina en un pie de igualdad con otras naciones, donde la producción de conocimiento constituía ya una larga tradición. Así lo manifiesta su discurso en honor de Benjamín Gould, sabio norteamericano que estuvo al frente de nuestro Observatorio Astronómico. En dicho texto asegura Sarmiento:

Esto es lo que constituye para nosotros parte del gran mérito de vuestros trabajos. El nombre Argentino ha entrado en línea, diremos así, dirigido por vos en la lista de que venía excluido por antecedentes históricos, o acaso por no haber alcanzado sino recientemente a la edad viril de las naciones.

Charles Darwin publicó la primera edición de su obra, *El origen de las especies*, en 1859, y la versión en español recién se realizó en 1877. Sin embargo- como lo han detallado diversos investigadores- las ideas darwinistas tuvieron un temprano ingreso en nuestro país. Muchas veces reducido a sus versiones cuasi- paródicas, combatido desde los sectores católicos, el transformismo darwinista, tempranamente relacionado con las teorías de Herbert Spencer, fue abriéndose paso en la sociedad argentina sin quedar reducido exclusivamente a los círculos científicos.

En la Conferencia que Sarmiento pronunció en ocasión de la muerte de Darwin, recuerda el viaje que este realizara a la Patagonia argentina, y de allí infiere que, si dicho viaje sirvió al científico para comenzar a pergeñar sus teorías, estas también estarían signadas por el territorio argentino, y en consecuencia, el inglés es uno más de

² El objetivo sería lograr la combinación de “ciencia e industria” que poseen las otras naciones (*Educación popular*, 1989:57)

los “grandes hombres que figuran en los anales de los progresos de las ciencias” que “se ligan a nuestra historia y a nuestros progresos también” (110)

Cuando nos acercamos a este texto debemos tener en cuenta una cuestión que consideramos significativa: las características particulares de la conferencia como género discursivo con rasgos propios, determinados particularmente por la fuerte presencia del receptor.

En esa ocasión, se propone Sarmiento no solo homenajear a Darwin, sino también comentar algunos aspectos de sus contribuciones a la ciencia. Resultan raramente significativos, por lo tanto, los comentarios corteses que rodean su exposición, especialmente los dirigidos a las damas presentes en el acto, según se infiere de sus palabras. Cuando ha justificado la teoría de la evolución del hombre, concluye con que “hemos sido todos los presentes monos y monas... muy monas!”(116)

Dentro de esta misma actitud – promover el acercamiento del público hacia las teorías científicas- puede explicarse la necesidad de “naturalizar” la figura del sabio inglés, recordando su muerte apacible, rodeado de la familia, en la campiña inglesa. Aunque el orador aclara que realiza esta descripción en honor a las damas presentes, su inclusión puede servir también para alejar del imaginario colectivo el carácter impío que rodeaba al autor de doctrinas ya condenadas por la Iglesia Católica.

Luego de defender el “transformismo” con el ejemplo y la transcripción del relato de otro investigador, quien pudo comprobar empíricamente la verdad de los conceptos evolucionistas; continúa Sarmiento ofreciendo un ejemplo local de aplicación práctica de este principio, pues “los inteligentes criadores de ovejas son unos Darwinistas consumados, y sin rivales en el arte de *variar las especies*” (110) y llega a aseverar que “de ellos tomó Darwin sus primeras nociones, aquí mismo, en nuestros campos”. Interesante operación la que realiza el conferencista, quien en su afán de incorporar lo civilizado a nuestra idiosincrasia, llega a invertir los términos del intercambio: la civilización no se origina en otro lugar, ya que justamente nuestra tierra es la que lleva en sí el germen del pensamiento darwiniano. Vemos cómo, con formas y conceptos renovados, los extremos civilización / barbarie se convierten en complementarios y hasta intercambian sus lugares, en un borramiento de límites y una confusión de fronteras.

La aplicación de principios científicos - derivado inmediato de la teoría- llevada a cabo *avant la lettre* por los criadores locales, produjo entonces una nueva especie – y

se desliza Sarmiento hacia la humorada-, la *oveja argentifera*, “porque da plata y porque es argentina además”.

Los dos primeros apartados de la Conferencia proponen entonces la localización de una teoría de validez universal, en una actitud ya repetida por el sanjuanino: la apropiación indiscriminada de lo otro, que es incorporado para convertirse en “lo nuestro”.

A continuación, se narra brevemente el origen del universo, según las concepciones evolucionistas, para llegar finalmente al ser humano... entonces aparece otra alusión a las damas: ¿Nació hablando el hombre?

De las mujeres lo creen posible graves autores. (128)

La segunda parte de la extensa disertación presenta “la evolución del pensamiento, cuya última expresión es Darwin” (131). El recorrido se convierte en una personal lectura de la historia de las ideas, desde una primera, íntima relación entre el conocimiento y la religión, pasando por el sucesivo despertar del pensamiento crítico individual, proceso que concluye en el S. XIX. Pero además de mencionar los avances de la ciencia “universal”, se detiene en los aportes que los científicos de América han realizado en ese sentido, en un final de utopía (el cual nos remite a la inicial producción romántica de Sarmiento), donde el continente se presenta como portador de una renovación universal: “... por el Mississipi, el Amazonas y el Plata (...) descienda al viejo océano, una nueva raza americana...” (154)

A las reiteradas alusiones a las damas, se suma una sorprendente relación que el autor establece entre la coquetería femenina y la teoría darwiniana del mejoramiento de las especies, pues las jóvenes “para la mejora y el embellecimiento de la raza” utilizan diversos recursos, de modo que “tanto hará una niña corrigiendo al espejo la posición de los músculos en reposos, que al fin se saldrá con la suya, si no ella sus hijas...”, de modo que lo que el vulgo *anticientífico* llama coquetería es darwinismo puro (148). Es relevante este ejemplo, pues revela toda una actitud: la del maestro que a través del ejemplo cotidiano puede mostrar al “vulgo” la veracidad de teorías aparentemente muy alejadas de lo cotidiano.

La ciencia, entonces, pero nunca como entelequia inalcanzable, sino como herramienta útil para el conocimiento de lo cercano y de lo propio, que adquiere así nuevas dimensiones; es decir, la ciencia como medio que conduce inevitablemente al progreso de la sociedad argentina.

2. Spencer

Conflicto y armonías de las razas en América (1883) es un texto inconcluso, que a pesar de su falta de homogeneidad, evidencia preocupaciones de su autor que tanto remiten a antiguos temas de su pensamiento, como también lo colocan dentro de un clima de época propio del 80, lejos ya de los conflictos políticos que lo habían encontrado en la plenitud de su producción.

En una curiosa exposición que habría realizado en 1884: “La embriaguez y la locura. Lectura en una reunión de médicos en su casa. Julio 29 de 1884. Por Domingo Faustino Sarmiento”, el sanjuanino establece una serie de principios que entran en abierta contradicción con lo expresado por él mismo en 1845, en el *Facundo*. Asevera enfáticamente que una de las causas de la demencia es la influencia de la civilización, que es definida también de manera diferente a la de cuarenta años antes: “La civilización no significa la prensa, el camino de hierro, el telégrafo y el sistema de vida del siglo XIX”, puesto que es “un progreso ascendente de ciertas funciones que anteriormente yacían dormidas”, progreso que es conducido por “una idea inconsciente de la felicidad futura”.

Este Sarmiento anciano, que ya ha leído a Darwin y que postula un progreso semejante al que sostenía Spencer, llega a afirmar que la civilización del momento es “imperfecta”, y se suma a la preocupación del grupo gobernante ante la presencia inmigratoria, que considera de educación “deficiente” y portadora de “muchos vicios” y por lo tanto también proclive a la demencia.

En consonancia con lo anterior, después de publicar la primera parte de *Conflicto* en 1883, escribe a propósito de ella una carta a Francisco P. Moreno, donde afirma preferir Spencer a Darwin³.

En su texto, explicita Sarmiento una convicción compartida en la época: la equiparación ciencia / verdad, y una aseveración derivada: “la ciencia no es herética” (142). A lo largo de toda esta obra en la cual es evidente el carácter inconcluso, se manifiesta la convicción de que la historia de América, inserta en la historia de la humanidad, se caracteriza por un más o menos lento camino hacia el progreso. En esto

³ “Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino” (316)

se advierte la presencia del pensamiento spenceriano, puesto que para Herbert Spencer, desde la perspectiva de la organización económica:

... a partir de las tribus bárbaras, homogéneas, o poco menos, en las funciones que desempeñan todos sus individuos, el progreso conduce, o tiende lentamente, hacia una integración económica de toda la especie humana... (Cap. XV)

Para Spencer, el progreso se advierte en todas las “funciones sociales”, que configuran el “organismo social”⁴.

En la obra de Sarmiento, se cruzan las influencias de Spencer, en el estudio de las sociedades humanas, con las diversas teorías raciales que circulaban por la época. La idea principal, como lo manifiesta el propio título, gira alrededor de la problemática surgida alrededor de la variedad racial presente en América, que presenta consecuencias no deseadas en América del Sur.

Y sin embargo, la naturaleza misma, la acción secreta y latente de las afinidades y de las repulsiones, viene obrando en silencio, sin plan y como por instinto... (74)
Ejerce tan poderosa influencia el medio en que vivimos los seres animados, que a la aptitud misma para soportarlo se atribuyen las variaciones de razas, de especies y aun de género. (27)

Más allá del evolucionismo darwinista, aparece con fuerza, tal como hemos señalado, la idea de progreso de impronta spenceriana y la visión de la historia del hombre como una marcha inexorable hacia su perfeccionamiento.

3. Finalmente...

Este ligero repaso de algunos textos escritos por Sarmiento en los últimos años de su vida, donde se consideran algunos aspectos de la teoría de la evolución o transformismo, evidencian cómo, a pesar de su edad, el sanjuanino siguió siendo una mente inquieta y abierta a teorías científicas o, en general, a concepciones que circulaban en el horizonte cultural de la década del 80 en la Argentina.

Es decir, su preocupación por la ciencia se mantuvo vigente, y fiel a su estilo, no repite mecánicamente teorías y conceptos, sino que intenta su aplicación al estudio de cuestiones que interesaban al país. Allí caben tanto su “apropiación” de Darwin como sabio también nacional como la aplicación de sus doctrinas a la realidad económica y social del país. Por otro lado, la influencia de Spencer le permite hacer lecturas

⁴ “Este marcado progreso que acabamos de hallar en las funciones militares, se encuentra también en las demás funciones sociales” (cap. XVII)

totalizantes, a la manera de lo hecho particularmente en el *Facundo*, donde las características del país (al igual que el resto de las naciones latinoamericanas) pueden analizarse desde algunas posturas teóricas provistas por pensadores extranjeros, aunque convenientemente reinterpretadas para dar cuenta de la realidad nacional.

Bibliografía

MONSERRAT, Marcelo (1993) *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Bs. As. CEAL.

SARMIENTO, Domingo F. (1946) *Conflicto y armonías de las razas en América*. Bs. As. Intermundo

_____ (S/F) “Conferencia sobre Darwin” en *Cuatro conferencias*. Bs. As. Jackson.

_____ (1899) “La embriaguez y la locura. Lectura en una reunión de médicos en su casa” en *Obras de D. F. Sarmiento*. Bs. As. Imprenta y Litografía Mariano Moreno.

Consultado en

www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/colecciones/verdocbd.jsp?Documento=119086

_____ (1899) “Despedida a Gould” en *Obras de D. F. Sarmiento*. Tomo XXII, “Discursos populares”, pp. 278 a 289. Consultado en

www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/colecciones/verdocbd.jsp?Documento=49774

_____ (1989) *Educación popular*. Bs. As., Bco. de la Pcia. de Córdoba/ Eudeba.

SPENCER, Herbert (ca.1879) *Los primeros principios*. Edición digital basada en la edición de Madrid, Bibl. Perojo. En www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12159286449090401865624/index.htm

TERÁN, Oscar (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1919) Derivas de la "cultura científica"*. Bs. As., FCE.